

No es una cosa muy sencilla para un viajero europeo encontrarse solo y fatigado por un día de camino, en medio de los laberintos de un bosque virgen. Confieso que si en aquella ocasión no hubiese estado en peligro la vida de un hombre, habría prosaicamente tomado el camino por donde había venido, y pedido en alguna cabaña del pueblo de que acababa de salir, una hospitalidad menos expuesta que la del gaucho. Sin embargo, las instrucciones de D. Ruperto eran muy precisas para que temiese extraviarme, suponiendo que mi tentativa fuese infructuosa. Caminé, pues, durante algunos instantes por el sendero que acababa de tomar, eché pie á tierra, y até mi caballo á un árbol; en seguida, después de haber cuidadosamente anotado en mi memoria la configuración del lugar en que me

encontraba, coloqué las dos pistolas en mi cinturón y me interné en el bosque, caminando, como me habían recomendado, con la luna de frente.

Semejante recomendación no era muy fácil de seguir. Apenas podía mi vista penetrar por la cúpula espesa de follaje, para ver, de cuando en cuando, el curso de la luna, que nadaba en un cielo admirablemente sereno, en aquel laberinto de bosques. Poco á poco la limpieza de la atmósfera pareció obscurecerse; me parecía que negras nubes atravesaban los aires con sorprendente rapidez, porque no sentía la menor ráfaga de viento. Sin embargo, un reflejo extraño iluminó la bóveda del cielo; aquel reflejo era variado, tan pronto de un color blanco amarillento, como las primeras luces del alba, tan pronto púrpura como los últimos tintes del sol poniente.

Al mismo tiempo, me parecía que aquellas mudas soledades se despertaban, oyéndose por todas partes agradables murmullos. Oíanse á lo lejos los de los pájaros, pero no esos gritos con que saludan la vuelta del sol, ni la frescura de la noche, después de un día ardoroso. Era un clamor disorde, notas confusas, gritos de espanto ó de queja, á los que no tardaron en mezclarse los ruidos de espanto de los chacales y de

otros animales feroces del bosque. Momentos de silencio sucedieron á aquellos extraños rumores, cuyo origen comenzaba á sospechar, recordando la siniestra advertencia del cazador de ciervos. Algunos síntomas terribles no me dejaron dudar ya por más tiempo. Torbellinos de humo negro, en el que aparecían algunas chispas, se balanceaban como penachos sombríos en la obscura bóveda del cielo, y los pájaros azorados, sofocados, volaban por centenares sobre aquellos torbellinos; si no todo, una parte del bosque se hallaba ardiendo, en la dirección que yo seguía. Temiendo encontrarme envuelto en las llamas, me detuve un instante para orientarme de nuevo en un lugar en que la vegetación, menos espesa, descubriría en mi cabeza un pedazo de cielo. El horizonte parecía iluminado por una claridad sangrienta; el disco de la luna aparecía como una mancha pálida, á la que volvía yo la espalda. Caminando en la dirección que el capitán me había recomendado que siguiese, observé con alegría que dejaba el incendio á mis espaldas. Tranquilo por esta parte, aceleré el paso; pero había contado sin las dificultades siempre renacientes del camino. Por penoso que fuese abrirse camino en medio de aquella vegetación poderosa, había otro obstáculo, con el que

no había contado, y era el número prodigioso de insectos que un sol eterno hace pulular, y que el movimiento de las ramas hacía caer sobre mí. Cuando sentí sus horribles picaduras, era demasiado tarde para retroceder, porque tenía que andar tanto para volver al punto de partida probablemente, como el que me faltaba para llegar al Palmar, huyendo del incendio.

En fin, con la mayor satisfacción, observé entre un grupo de palmeras los rayos de la luna, que formaban una cortina blanca de luz, en un inmenso espacio abierto delante de mí: era el punto que iba yo buscando, y que encontré aún desierto. Aquel lugar formaba una vasta elipse y se parecía á un circo romano. En una de las extremidades de aquella especie de liza, un estanque, cuyas aguas iluminaba la luna, aparecía en un fondo de verdura como un ópalo engarzado en una esmeralda. Tres hileras de palmeras parecían colocadas alderredor, como un dique para contener la mar de verdura que se estremecía á impulsos del viento. Ávidos de aire y de luz, los follajes parásitos escalaban la copa de las palmeras, que se plegaban bajo su peso. Como el segador que no puede soportar una gavilla demasiado pesada, las palmeras dejaban caer hasta

sus raíces la exuberante vegetación del bosque. Elevábanse vagos murmullos del seno de aquel verde océano; parecía el susurro de la savia de aquellos grandes árboles, que habían fecundado millares de estíos, y cuyo curso no había detenido un solo invierno.

Yo me hallaba en el punto nombrado el Palmar, habitado por la familia del cazador Vallejo. Yo le había oído á Berrendo afirmar que Saturnino debía estar en su habitación. Su cabaña se hallaba, pues, en un rincón oculto del Palmar, y situado cerca del estanque. Me apresuré á buscarla; mas, para evitar que me viese el gaucho, en el caso de que desembocara, tan pronto como yo, en el centro formado por las palmeras, di vuelta, protegido por la espesa sombra que formaban. Nada observé; sin embargo, creí oír á poca distancia la voz de una mujer, que murmuraba una de esas tristes melodías que se escuchan algunas veces por las noches en los campos, y pocos minutos después ví, en efecto, en una *butaca* de cuero, colocada en el umbral de un jacal, á una anciana sentada, inmóvil, á la luz de la luna. No me vió ella, sin duda, porque no interrumpió su melancólica canción: era la madre de Saturnino, que esperaba la vuelta de su hijo. Al ruido de mis pasos, la anciana dejó de cantar; en seguida,

levantó vivamente la cabeza; pero el desagrado y el espanto se pintaron en su rostro cuando reconoció á un extranjero en lugar de su hijo.

— No tenga usted miedo, le dije en el acto; tiene usted en su presencia á un hombre que desea librar á Saturnino de un gran peligro.

— ¡Virgen Santísima!... exclamó la madre. ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué habrá sido devorado Saturnino por el fuego que se distingue allá á lo lejos?

— ¿Conoce usted á Cristino Vergara?

Al oír este nombre, que sin duda tenía muchas razones para no haber olvidado, la anciana hizo la señal de la cruz con el mayor susto.

— Sí, sí, dijo, hace muchos días que habríamos abandonado el país, si los jóvenes escuchasen la voz de la razón.

Me apresuré á advertir á la madre de Saturnino que Cristino debía llegar de un momento á otro.

— Se hace tarde, me respondió, y espero que Saturnino no vuelva esta noche. Dios permita que las llamas intercepten su camino.

Comprendí que el hijo de Vallejo no había ocultado á su madre su amor á Florencia; la anciana habitante del Palmar no dejaba de tener confianza en la pro-

tección del cielo. Esperaba que Dios protegería á su hijo. Además, Saturnino, lo mismo que Berrendo, era un cazador de profesión, y si no había vuelto á la cabaña, era porque contaba pasar la noche en persecución de un animal.

— En todo caso, añadí, Saturnino tiene valor, y ahora que ya está advertido...

— Sí, sin duda, es valiente como nadie, y es por lo que no huirá; pero en cuanto á defenderse contra Cristino, no lo hará. Veinte veces ha tenido la vida del asesino de su familia entre sus manos, cuando, espiondo á los cabritos, lo veía atravesar á esos bosques, sin ser visto, y siempre el recuerdo de la hija ha protegido al padre.

Yo había logrado el objeto que me había propuesto, é iba á tomar el camino por donde había venido, cuando la madre, asustada, exclamó:

— ¡Jesús María! ahí está.

Y la pobre mujer, cuya vista, aunque debilitada por la edad, había sido más penetrante que la mía, se torció las manos con angustia. Sin embargo, no fué más que una emoción momentánea. Recobrando su sangre fría, corrió hacia un caballo atado á una estaca, á poca distancia de la cabaña, y comenzó á ensillarlo precipitadamente.

Mis ojos se dirigieron hacia el lado de las palmeras, en donde la viuda de Vallejo acababa de distinguir á su hijo. Entonces ví perfectamente al cazador, que caminaba con paso firme hacia la cabaña, con toda la confianza y el vigor de la juventud, mientras que la luna reflejaba su luz en el cañón de una carabina que llevaba al hombro; al mismo tiempo, observé con la mayor inquietud, que, á la sombra de las palmeras, andaba rodando otro individuo. En su elevada estatura, en su espesa cabellera blanca, creí reconocer á aquel Villaseñor, cuyo retrato me había hecho minuciosamente el capitán Castaños. La figura del nocturno rondador no hizo más que aparecerse, como uno de esos fantasmas que crean los sueños. Después de haber dado algunos pasos en el espacio abierto, el desconocido retrocedió, y penetró bruscamente en el bosque. Mientras que observaba sucesivamente á Saturnino y el bosque de palmas, en donde el individuo sospechoso había probablemente buscado un abrigo, el incendio causado por Berrendo redoblaba con violencia, y por intervalos los ecos repetían los mugidos de los toros montaraces y los bramidos de los chacales que huían azorados á la vista de las llamas.

En el momento en que Saturnino llegaba á la cabaña,

la madre concluía de ensillar el caballo; corrió al encuentro de su hijo, lo oprimió contra su pecho, y la oí que murmuraba una fervorosa oración. Los momentos eran preciosos, y yo me preguntaba cómo el vengativo é impetuoso gaucho no había llegado aún. Sólo explicaban su retardo las llamas, que sin duda lo habían obligado á rodear. El joven se desprendió suavemente de los brazos de su madre y, sordo á sus súplicas, se adelantó á mi encuentro. Un asombro visible, pero sin la menor mezcla de espanto, se leía en las facciones del hijo de Vallejo, en las que descubrí, con un tinte de melancolía, aquella expresión de orgullo y de contenida exaltación, que me había llamado la atención en Florencia.

— Había entre Cristino y yo, exclamó, una tregua tácita: ¿quién ha podido romperla tan repentinamente?

— Su hija, le contesté.

Al oír estas palabras, el joven no pudo dominar una violenta emoción. Se acercó á mí estremeciéndose, y yo me apresuré á decirle en pocas palabras, porque á cada momento temblaba yo temiendo llegase al gaucho el mensaje de que había sido portador, la respuesta que había yo llevado á Florencia, sus accesos de celos y la revelación que en consecuencia había hecho.

— ¿Por qué, dijo Saturnino, que parecía oprimido bajo el peso de un espantoso dolor, por qué se incomodó al haberme separado del puente sin esperarlo? ¿no me hizo señas de que me alejase? El haber obedecido sus órdenes es el crimen que quiere castigar con la muerte. ¡No, no, ella no me ama!

Yo pensaba de muy diversa manera, y por lo mismo me esforcé en convencerlo, aunque en vano, cuando llegó su madre á interrumpirnos. Llevaba el caballo de su hijo. La pobre mujer dirigía sus miradas por todas partes con el mayor espanto, temiendo ver aparecer al hombre que amenazaba la vida de Saturnino, y le rogaba, en nombre de todos los santos del cielo, que montase á caballo y se alejara. Saturnino permanecía inmóvil.

— ¿Para qué? dijo. ¿De qué me sirve ahora la existencia?

Uní mis instancias á las de su madre: trabajo inútil, el joven no nos escuchaba. Su mano jugaba maquinalmente con la llave de su carabina; poco después, como si hubiese renunciado á disputar su vida, abrió la cazoleta, y dejó caer la ceba; en seguida arrojó la carabina á lo lejos, con el cuerno que contenía la pólvora. Sin embargo, el instinto de la vida que se ador-

mece algunas veces, pero que raras ocasiones muere en el corazón del hombre, pareció recobrar por un momento algún imperio en Saturnino. Colocó el pie en el ancho estribo de madera, que pendía en la silla del caballo; pero lo soltó al momento. Dirigió una mirada con satisfacción á aquel caballo, que en un instante podía colocar entre él y la muerte un espacio invencible. Mas en el acto dominó este último movimiento de debilidad. Saturnino arrojó al lado de su carabina el *machete* que pendía de su cintura. Desde aquel momento, el instinto de la vida, el terror natural de la muerte, se extinguieron ante una inmutable resolución, que no pudieron vencer ni los gritos de su madre, ni mis reconvenciones.

Corría el tiempo, y el joven cazador, con la mano en la crin de su caballo, permanecía inmóvil. Repentinamente lo ví estremecerse, como si hubiese recibido un choque eléctrico. Parecía que ese magnetismo inexplicable que ejerce algunas veces el amor, le traía una misteriosa advertencia. En el propio instante, y casi detrás de nosotros, abrióse la pared de verdura, y apareció Florencia á nuestra vista á la luz de la luna, y pálida como una muerte escapada del sepulcro; su vestido estaba descompuesto, destrozado por los

cardos, cuyas flores detenían las matas de sus tupidos cabellos; algunas gotas de sangre teñían su seno y sus hombros, y la joven sólo pudo lanzarse azorada en los brazos de Saturnino. Al grito que arrojó, en las llamas que brillaban en sus ojos, era fácil ver que el amor de la vida invadía el corazón del cazador, como las olas mucho tiempo contenidas por un dique invencible.

— ¡Bendito sea Dios que he llegado á tiempo! dijo al fin Florencia. Saturnino, yo deseaba tu muerte, porque te creía infiel; ahora sé...

Y la joven sacó de su seno un ramillete — reconoció el que yo le había arrojado al pasar — que oprimió contra sus labios con delirio.

— Saturnino, añadió precipitadamente tomando el brazo del joven, quiero que vivas; este ramillete me ha vuelto á la vida. Este blanco *floripondio* me indica que yo soy la más bella á tus ojos; estas flores rojas me han manifestado que, para tí, la rival que las llevaba no es más que un pretexto para disculpar tu presencia cerca de nuestra cabaña; estas flores me indican tus tormentos. Sí, ya lo sé todo ahora: me lo ha revelado este pedazo de *cintule*; sé que me amas... Pero ¿qué aguardas? Va á llegar mi padre; ¿esperas obtener su perdón por haber amado á su hija?... No

cuentas con él. En un momento en que yo quería morir contigo, dije á mi padre que yo te pertenecía... que te habías burlado del honor de su hija: mentí; en un momento de delirio, quise tu muerte y la mía... ¿Quieres huir ahora?

En aquel momento llegaban Cristino y Castaños; pero Saturnino, pasando de la desesperación á una alegría febril, había rodeado con sus brazos el cuerpo flexible y esbelto de Florencia, y la había colocado en la silla del caballo, que partió como una saeta, llevándose á la joven y al cazador desarmado. El gaucho, seguido del capitán, se lanzó en su persecución.

— ¡Deténgase usted, capitán!... grité á Castaños; deje usted al menos que la partida sea igual.

El antiguo guerrillero, al oír mi voz, se detuvo; pero no hizo lo mismo el gaucho. Para salvar la distancia que lo separaba del objeto de su odio, arrojó su lazo, que cayó dando vuelta sobre los dos fugitivos. Saturnino, oprimido por el nudo corredizo, hizo un esfuerzo sobrehumano para contener su caballo, cuyas patas traseras rayaron la tierra, y en el momento en que el trazo vigoroso del gaucho iba á arrancarlo de la silla, el joven sacó su puñal, única arma que le quedaba, y en el momento cortó el lazo. No pude contener

un grito de alegría. Saturnino volaba de nuevo por el llanito, conduciendo á Florencia desmayada. Los dos fugitivos se hallaban á corta distancia de uno de los senderos que partían del centro del Palmar. El gaucho corría en su persecución, silencioso é implacable. Entonces ví que desenredaba de la cintura la correa del cuero, que tomó con la mano una de las balas, y que daba vuelta á las otras dos sobre su cabeza, y lo oímos que cantaba estos versos:

De mi lazo escaparás,
Pero de las balas... ¡cuándo!

Pocos minutos después supe su significación. Las balas salieron chiflando de las manos del gaucho y se enredaron en las patas del animal, que yendo á escape cayó al suelo en el acto. En dos brincos, el gaucho se encontró á la espalda de su hija desmayada, detrás del cazador desmontado. Nada podía salvar á una de las dos víctimas, cuando un tiro resonó á la entrada del sendero que los fugitivos habían querido seguir: en el momento cayó el gaucho, quedando todo sepultado en un profundo silencio.

Entonces el capitán Castaños se lanzó impetuosamente en la dirección en que había sonado el tiro; pero se detuvo repentinamente y volvió hacia mí.

— En verdad, dijo con sombría resignación, yo no tengo derecho para castigar á Villaseñor; Dios ha permitido que ese hombre se vengase.

— Partamos al momento, dije á D. Ruperto, señalándole detrás de Florencia, inclinada sobre el cadáver de su padre, á Saturnino y á su madre, silenciosos y arrodillados. Á Dios solo es á quien pertenece ahora consolar los dolores que dejamos ahí.

— No, tengo que cumplir un deber; yo soy la causa inocente de la muerte de Cristino, y á mí me corresponde llevar esta triste noticia á la viuda del que era mi amigo, antes de ser mi huésped. En cuanto á usted, no le rehusará Berrendo la hospitalidad por tres ó cuatro días en su cabaña, suplicándoselo yo.

Castaños me condujo, en silencio, hasta el lugar en que se hallaba atado á un árbol mi caballo, el cual, asustado con el fuego, que iba ya disminuyendo, trataba en vano de romper la *reata* que lo contenía. De allí nos dirigimos á la cabaña de Berrendo, á quien comunicamos la muerte del gaucho. El cazador de ciervos consintió voluntariamente en recibirme en su jacal. Iba, pues, á estudiar, durante algunos días, la vida ruda y solitaria de los cazadores de México; pero estaba lejos de quejarme de la circunstancia que me

permitía conocer perfectamente las costumbres de una comarca tan nueva para mí.

Transcurrieron cuatro días sin que hubiese vuelto á ver al capitán. El incendio, que se había concentrado en un sendero bastante ancho alrededor de la laguna de la Cruz, no tardó en extinguirse. Durante cuatro días, acompañé á Berrendo á la caza. Como era un tirador muy mediano, mataba yo muy pocos animales, pero me indemnizaba de este disgusto con el imponente espectáculo de una naturaleza virgen. Lo que distingue los bosques de México, es que los árboles venenosos crecen en abundancia. Se encuentra á cada paso el *palo mulato*, de tronco escarpado, de jugo corrosivo, y la *yedra*, cuya sombra es mortal. En cambio, son también muy numerosos los árboles frutales y útiles, desde el guayacán de vainas oscuras y aromáticas, hasta el guayabo, con sus frutas gruesas y perfumadas, y la pina ácida y olorosa. Comenzaba á acostumbrarme pacientemente á mi nueva vida de cazador, tanto más cuanto que las conversaciones de Berrendo, antiguo soldado de la independencia, abreviaban las horas de caza ó de ocio. En fin, la noche del cuarto día, desde mi instalación en el jacal de Berrendo, llegó el capitán. Había dejado á la familia del gaucho, aumentada con

Saturnino y la madre, en vísperas de marchar para los fértiles campos de Sonora, en donde la tierra sólo pide brazos que la cultiven y hombres que se alimenten con sus productos. En aquellos países nuevos, las familias que quieren huir de los lugares marcados por tristes recuerdos, tienen el recurso de la emigración. La vida de agricultor, no sólo sirve de objeto á los individuos sin ocupación, que buscan un trabajo honesto y útil, sino que es asimismo un refugio para los grandes infortunios. Renunciando á su vida, medio salvaje, Saturnino obedecía, sin querer, á la ley natural de las sociedades humanas, cuya primera parte es la caza, y la agricultura es la segunda. Seguía también ese instinto secreto que empuja á la raza latina del Sur hacia el Norte de la América, y á la raza anglosaxona del Norte hacia el Sur, instinto que prepara lentamente la prisión de dos razas antipáticas en los desiertos intermedios en que se encuentran, y que la Providencia parece querer poblar.

Nuestro camino hasta el mar era el mismo que el de las dos familias que emigraban. Era probable que alcanzáramos en el camino el pesado carro que las conducía á Sonora. Nada me detenía ya en la casa de Berrendo, y la frescura de la noche nos convidaba á

marchar para llegar á San Blas al día siguiente, antes que calentase excesivamente el sol. Nos despedimos del cazador y nos pusimos en camino. Toda la noche, la empleamos caminando por el centro de los inmensos bosques, en donde, por una extraña casualidad, acababa de pasar algunas de las horas más penosas y agitadas de mi vida, así como uno de los días más pacíficos de un viaje. Al amanecer, vimos despertar los bosques en todo su esplendor, y poco después, por entre los arcos de verdura, apareció á nuestra vista la dilatada bahía de San Blas. Abandonamos, en fin, los poblados bosques para subir á las colinas, desde cuyas cumbres esperaba descubrir la ciudad.

Hoy, hace 338 años que desde México, ya conquistado, Hernán Cortés se puso en camino para el occidente de la Nueva España. Después de una marcha larga y penosa, llegó al ponerse el sol á la cima de una cadena de colinas áridas. El espectáculo que hirió su vista, le arrancó un grito de admiración: era un paisaje del golfo de California, teñido con la púrpura del sol poniente. Nombró aquel golfo el *Mar Bermejo*, y después se llamó el *Mar de Cortés*. En la cumbre de aquella misma colina, en donde se había detenido el conquistador de México, fué en donde arrobado en la

contemplación del mismo espectáculo, detuve mi caballo al lado del de el capitán Castaños. Sólo la hora era diferente; el sol, poco elevado, no parecía incendiar las aguas del golfo, como cuando desaparece al ponerse en la tarde. En el momento en que yo contemplaba la bahía de San Blas, Cortés la habría llamado *Mar Azul*.

Por imponente que fuese aquel espectáculo, otro acontecimiento llamó mi atención: un pesado carro, cargado con toda clase de trastos y utensilios domésticos, tirado por dos bueyes, seguía lentamente el camino que serpenteaba á la falda de las colinas. Caminaban á pie tras el carro, un hombre y cuatro mujeres, y al momento distinguí en aquel grupo el elegante talle de Florencia, así como el cuerpo de Saturnino: eran las dos familias emigradas que marchaban al Norte, mientras que yo tenía que caminar al Oeste. El capitán saludó desde lejos á Florencia. Una vuelta del camino nos hizo perder de vista á los viajeros pocos momentos después; entonces dirigí mis miradas á la bahía de San Blas, haciendo votos por la felicidad de aquellas dos criaturas, de cuyos íntimos pesares hâbia yo participado por un momento: el espectáculo que tenía ante mi vista, no despertaba en mi mente más que

impresiones de paz y de esperanza. Á medida que subía el sol en el horizonte, la bahía de San Blas aparecía más y más radiante.

Las verdes islas dispersas entre las olas del mar del Sur, se asemejaban á esas islas cubiertas de flores que los ríos de América arrancan algunas veces de sus riberas, y conducen en sus corrientes. Algunas velas blancas se descubrían en el horizonte, como las alas de los cisnes, y en las enormes rocas pardas, que asomaban por entre las olas, creía ver otras tantas agujas gigantes, colocadas allí para señalar las horas solares en el inmenso cuadrante azul.

